

## EVOCACIÓN

FEDERICO PELTZER

(1924 - 2009)

POR

ANA BENDA

Federico Peltzer nació en Buenos Aires el 13 de abril de 1924 y murió el pasado 3 de agosto. Abogado en 1948, fue profesor de derecho Civil en la UCA y de materias vinculadas a la literatura en las universidades de La Plata, Lomas de Zamora y del Salvador.

Jurado de premios nacionales y extranjeros, dictó cursos en casi todas las universidades del país y en España, colaboró con revistas y diarios y fue Miembro de la Academia Argentina de Letras y Miembro Correspondiente de la Real Academia Española.

Recibió múltiples premios por su narrativa -novelas y cuentos-, libros de poemas y ensayos, los tres géneros a los que se dedicó.

Escribió treinta libros entre 1955 y el 2004 y, en este momento, Gladys Marín, su mujer y lectora primordial, la que en los últimos años ordenaba cuentos y poemas para la publicación ("lo hace mucho mejor que yo", afirmaba él) tiene en imprenta el poemario que quedara corregido e inédito, *Mareas*.

Peltzer trabajaba de escritor. Escribía en su *Remington* o en letra manuscrita e ilegible muchas horas por día, y corregía incansablemente, al punto de reescribir varias veces una novela. Es el caso de *Carrera de Postas*, que dejó inédita. Me pregunto si nos quedan escritores de este temple, si no muere con él el oficio de escribir, artesanal y sen-

cillo, como él lo vivía. Nada de grandilocuencias, puro trabajo, pura dedicación.

Dice él: "El escritor ha de servir a su vocación, este doloroso oficio de decir, como una necesidad, la palabra o el silencio de cada uno".

Su mesa de trabajo en el despacho de la Academia vivió atiborrada de libros pendientes. Su biblioteca, de aproximadamente diez mil volúmenes, habla elocuentemente de su pasión y explica aquel asombro de nuestra adolescencia ante el Juez que sabía tanto de literatura.

Recordaremos al profesor de las clases magistrales, preparadas hasta el detalle, íntegramente escritas, repletas de citas de autores que no habíamos oído nombrar, porque los rusos convivían con los franceses, los ingleses, los españoles e italianos, y sobreabundaba el amor por el sueco desconocido, Pär Lagerkvist.

Era paciente para enseñar, pausado para exponer, cálido y, a la vez, algo distante tras el humo de su pipa; siempre

puntual, generoso con su tiempo; siempre solícito para las preguntas fuera de hora.

Perteneció al grupo de escritores argentinos que tuvo el privilegio de conocer y tratar a los grandes maestros de nuestra literatura -Borges y Mallea, por nombrar solo a dos-, pero también padeció esa suerte de cono de sombra que produce ser contemporáneo de los titanes.

Su territorio es el de los grandes temas: Dios, la muerte, el amor, el misterio del corazón humano, la justicia. No claudicó de esta temática: este es su honor.

De la estirpe de los que honran la palabra, estudió y enseñó, infatigable, a los clásicos: San Juan de la Cruz, Cervantes, Quevedo, Dante; y a los contemporáneos, los de sus libros oraculares: Unamuno, Mauriac, Lagerkvist, Greene, Kafka, Bernanós, Kazantzakis, Dostoievsky, Gide, Durrell, Bassani, Salinas, Camus, Juárez.

Leer sus estudios enseña que comentar la obra de un

escritor no puede tener más propósito que crear el deseo de leerlo. Cultiva el arte de quedar por debajo y por detrás de la palabra que analiza. Hay un admirable pudor en su palabra crítica.

Si un tema ocupó sus páginas y sus desvelos, fue el tema de Dios.

Me animo a decir que pocos nombres en nuestra literatura nan necno, como el, de DIOS, su tema. Y si algo supo decir de Dios, fue su silencio. *El silencio* se titula su mejor libro de cuentos; también "El silencio", el cuento que relata la historia trágica de Abel y Caín. De silencio están repletos "Las Arcas" y "El Filisteo" (*Fronteras*).

Este hombre austero y entrañable, reservado para los sentimientos, vivió peleando con dios y contra Dios. Con el de las prohibiciones y supercherías: "Para hacer a Dios hay que matar primero a mil dioses plurales heredados". Y contra un silencio y una ausencia de Dios que no podía ni aceptar ni olvidar. Creo que

algunas veces él mismo ignoraba qué batalla peleaba. Los reproches al Dios silencioso ("Inquisidor de mí, no me responde") y los versos de amor se alternan agónicamente ("Yo no supe a Dios sino a su rayo / e imaginé un infierno donde estaba / la gloria de su amor trazando soles / y su blandura cincelandó pétalos").

Lo medular, a mi juicio, de su personalidad literaria, es su experiencia religiosa. En primer lugar, la sinceridad de sus dudas y sus rechazos, la libertad y franqueza con que se dice y dice lo que cree y lo que no puede creer. Muy pocas veces he leído dudar con tanta hondura y coherencia y desear creer con tan desesperado afán, vivir esta congoja y poder expresarla con tanta modestia y honestidad en primera persona. No he conocido a nadie que en este clima religioso atormentado pueda escribir versos como: Tan silencioso Tú, mi bienhablante, / tanto decir desde tu voz callada".

En segundo lugar, su tribulación tiene dos sagrarios: el del silencio de Dios y el de su ausencia. Estos, unas veces, son pregunta: "¿Es verdad que en la ausencia estás conmigo?", otras, queja cargada de espanto: "Con el amor preguntado y no hay respuesta. / La voz tanto calló que está olvidada: / Es un recuerdo apenas y me muerde".

Esta poesía, que de pronto toca lo místico y recupera la marca de San Juan de la Cruz, a quien Peltzer enseñaba con

intuición incomparable, salta a aullar lo incomprensible: "Maldecir a Dios es una forma de reconocerlo, de seguir encadenado a Él, como decía la Sibila" o estalla en deseo de amor: "¡Ay, poderte querer, cuánto quisiera!" [...] "A la fuente se llega de rodillas».

Este homenaje desea rezar con sus versos: "Para acercarse a Dios hay que afinarse, / tajar la copa, ser apenas flecha, / rozar el aire hasta que asome el rostro / y mecerse no más, eternamente".